



**PARAGUAY - PORTUGAL**

**Alejo García - Una de las proyecciones portuguesas con vocación trasatlántica 1524.**

**Embajador Julio Enrique Mineur De Witte.**

**Lisboa, octubre de 2016.**

La curiosidad hecha voluntad encuentra fundamentos en brillantes obras de historiadores y estudiosos que son las fuentes bibliográficas de donde tomo valor y asumo el riesgo para que lo mío sea una huella que llame la atención, ya que desde el estrado en el que me encuentro no puedo pedir mejor oportunidad. Así, pretendo dar a conocer un vínculo entre nuestros pueblos que no está celebrado en la solemnidad de pomposas suscripciones, sino mejor aún, en acciones cargadas de valentía y coraje, que establecen una alianza de siglos a la cual estoy fraternizado a hacer notar para que sirva como un aporte a la consolidación de una amistad duradera.

*“Otros escriben y ellos que escriban para enseñar. Yo escribo para aprender”* afirmaba el gran estadista y ex presidente paraguayo Eligio Ayala (Berna, Suiza 1915), en esta cita encuentro la motivación que encamina mi escrito, justamente para que aprendiendo testimonie el acontecimiento histórico que involucra a un navegante y náufrago portugués que transitó caminando en 1524 por tierras, que hoy son paraguayas.

Habiéndome cultivado en este tema, encuentro también el estímulo en las palabras del Señor Presidente de la República Portuguesa Don Marcelo Rebelo de Sousa, quien evocaba ante los miembros del Cuerpo Diplomático, el día 9 de junio de 2016 en las celebraciones del Día de Portugal, Camões y las Comunidades Portuguesas, que la línea orientadora en un protagonismo internacional de un país de nueve siglos de historia, cuyos hombres partieron por el mundo e instalaron la proyección universal de Portugal en todas las latitudes y longitudes. Un país con fidelidad a su lengua y marcada vocación ecuménica a las relaciones transatlánticas y a la apertura al mundo latinoamericano, fueron las gestas históricas de una patria que a lo largo de siglos trazaron distintos recorridos en los más diversos puntos de la tierra, entre ellas, ahondados en el nuevo continente.

En ese momento, al escuchar las palabras del Señor Presidente, no por coincidencia, recordé el descubrimiento de mi País, el Paraguay; tierra del dulce idioma guaraní, situada en el corazón de América del Sur, punto geográfico tan distante que confirma que las acciones humanas de aquellos tiempos no conocían de mojones que los restringiera, ejemplo que sustenta la vocación transatlántica. Comprendía entonces la amplitud de las manifestaciones que enrola la hazaña desplegada por aquel náufrago portugués, que vincula directamente a mi tierra y la hacen parte de esa afición e inclinación conquistadora de las latitudes y longitudes del planeta.

Este gran explorador lusitano era Alejo García, quien formaba parte de la expedición de Juan Díaz de Solís, cuyo viaje estaba sujeto a la capitulación con el Rey Fernando, derivando del mismo el descubrimiento del mar dulce, hoy Río de la Plata, lugar donde el piloto Díaz de Solís pierde la vida, dándose por este hecho el regreso de su tripulación. Sin embargo, en el viaje de vuelta una de las carabelas naufraga y en ella Alejo García, que fatigado gana las costas del Brasil, iniciándose así su relacionamiento con los pueblos originarios.

Desde mi privilegiada tribuna, como hijo del Paraguay Occidental y de los caminos de García, de modo a atestiguar, me dedico con entusiasmo y objetividad, a una sencilla investigación que me permite encontrar un consenso de los historiadores que con contundencia afirman la nacionalidad portuguesa del descubridor del Paraguay; siendo a la vez el primer hombre



extraño a los pueblos originarios del nuevo mundo, que con intrepidez se adentra en el amplio suelo sudamericano, propio y singular terreno étnico en el cual anduvo transitando y abriendo los primeros caminos en los inicios de la época de la conquista.

Empeñado en la búsqueda de relatos y respuestas, confirmo la extraordinaria decisión de García en la obra *Descubrimiento y Conquista del Río de la Plata y el Paraguay (1968)* del historiador paraguayo Julio César Chávez quien presenta con precisión al audaz navegante y explorador narrando su epopeya *“Gigantesco era el proyecto en que se empeñaba. Constituía una empresa personal y particular que no contaba con el apoyo de nación o monarca alguno. Iba a cruzar tierras desconocidas, penetrar en grandes comunidades indígenas, sin ejército organizado, sin base de operación, sin poder esperar refuerzo alguno. Su audacia asombra, no teniendo parangón en el descubrimiento y conquista de las Indias”*.

El propio Chávez, citando al Padre Techo, otorga la gloria de la memoria y exalta las virtudes de un hombre decidido a cumplir sus objetivos a riesgo de su propia vida indicando que *“La fama de Alejo García será duradera, porque fue el primero que atravesó casi toda la América meridional, y esto con una pequeña comitiva, por caminos no conocidos y erizados de obstáculos y a través de pueblos ferocísimos, con lo cual mostró que nada es imposible a los hombres que anteponen la gloria y el provecho de la posteridad al temor de la muerte”*.

Así también, Chávez señala a Alejo García diciendo que *“Su hazaña, por su gestación, concepción, empuje y proyección, no tiene parangón y ni siquiera le hacen palidecer la de Pizarro y sus compañeros de la Isla del Gallo, a los que se adelantó, pisando la tierra de los Incas seis años antes que ellos”*, cita además a Manuel Domínguez, otro gran historiador y político paraguayo, que califica a Alejo García como *“Héroe sin segundo”*.

Los historiadores paraguayos no ahorran elogios para aseverar la hazaña. Así, metodológicamente narran estos hechos y la convierten en el inicio de lo que llega a ser la historia paraguaya. Con vehemencia despliegan en el papel el punto de arranque de lo que es el camino a lo largo de los años de una patria que sabrá sobreponerse y renacer de las guerras, venciendo el dolor lacerante y el perjuicio hiriente; para que luego con fuerza y determinación soberana, basada en sus valores nacionales, briosa se instale en el concierto de las naciones.

En un material invaluable de autoría de Mário Monteiro de la Academia de Ciencias de Portugal, en el año 1923, escribe y publica en Lisboa el libro *Aleixo García. Descubridor Portuguez do Paraguay & da Bolivia em 1524-1525. Gloria Ignorada de Portugal*, con la misma fuerza y en el mismo sentido de los historiadores y estudiosos paraguayos, relata también lo del pionero portugués que vivió con los nativos, aprendió su idioma, los comprendió casi en totalidad su forma de vivir, se adaptó a ellos y a su geografía, conduciéndolos a una feroz aventura de internalización centro-continental.

Mário Monteiro, con el mismo ímpetu que reclama la gloria para García, con un pulcro portugués relata las características del Chaco Paraguayo o Chaco Boreal, de la hostilidad que presenta su dura y resistente casi impenetrable vegetación, con una precisa interpretación del tiempo y del espacio.

Por su parte, Mary Monte de López Moreira en su obra *La Exploración del Paraguay por Alejo García (2012)* relata *“Al cruzar el río Paraguay, García escribió a su paisano, Enrique Montes dándole cuenta de cómo los guaraní acompañantes capturaron los esclavos, de las muestras de metal obtenidas y solicitándoles al mismo tiempo, auxilio en bastimentos y soldados: Bajó más al Sur a esperar la asistencia requerida cuando él y sus compañeros fueron víctimas de*



una emboscada en el sitio en donde más tarde se erigiría la Villa de San Pedro de Ycuamandiyú. Alejo García, murió en 1525, sobreviviéndole un hijo mestizo, que llevó su mismo nombre. Tuvo el privilegio, no sólo de ser el primero en haber recorrido el actual territorio del Paraguay, sino también de las regiones andinas, mucho antes de otros exploradores hispanos”.

También describe Ruy Díaz de Guzmán en su obra *Anales del Descubrimiento, Población y Conquista del Río de la Plata (1980)* “Una noche estando descuidado le acometieron donde él y sus compañeros fueron muertos sin dejar ninguno a vida excepto a un niño hijo de Alejo García, que por ser de poca edad no le quisieron matar...”.

Así, observamos que García no fue el único portugués, y que su larga estadía le permitió una convivencia humana frágil, endeble cuando es convocada por las pasiones, impulsos naturales que determinan que no solo es el primero en recorrer el territorio paraguayo sino también uno de los semilleros del mestizaje, que ciertamente invita otra investigación más profunda sobre este particular, teoría que ha sido estudiada por el escritor paraguayo Justo Pastor Benítez.

Afirmaciones contundentes de los historiadores paraguayos y brasileros certifican la nacionalidad portuguesa de García, oriundo de la región de Alentejo, que además consensuan la incuestionable aventura cargada de guapeza. El gran reclamo del historiador portugués Mario Monteiro es la gloria; yo diría los laureles o el galardón de la popularidad y notoriedad necesaria de un meritorio reconocimiento a su Honor.

Entonces, Paraguay y Portugal; sin protocolo alguno inician una relación de hecho con nexos históricos indelebles, no estimados en su real dimensión, exitosa en sí, pero aún con la deuda de otorgar a esta proeza el prestigio sobre la cual debe ser izada.

Una relación de hecho que nos une desde 1524, como consecuencia de la acción de aquel hombre que después de ocho años de su naufragio cruzó el Bosque Atlántico y recorrió el Chaco Boreal, en la tan ansiada búsqueda del camino a las tierras de las riquezas, ruta pretendida por todo descubridor o conquistador. En ese sentido, no dejo de admirar el provocador título de la obra *A Saga de Aleixo García. O Descubridor do Império Inca (1998)* de Rosana Bond, que coloca al portugués en un escenario con una connotación territorial más amplia aún.

Durante el tiempo en que convivió con los nativos, García aprendió gran parte, no lo suficiente, para hacerse en medio de la compleja estructura social propia de los pueblos oriundos. Por ello, tuvo que aprender el idioma guaraní, herramienta necesaria para la comunicación plena en el delicado manejo de las masas, así como tuvo que adaptarse a las costumbres y a la cultura. No obstante, Alejo termina siendo víctima de su propia hazaña tal como refiere el escritor Justo Pastor Benítez en su obra *Origen de la Nación Paraguaya. Las raíces de la nacionalidad (1996)* cuando refiere que “Alejo García, primer europeo que pasa sus plantas por el Paraguay, murió en manos de ellos porque olvidó que los guaraníes, si fáciles de persuadir, eran difíciles de subyugar”.

Todos estos antecedentes que mencioné, me hacen reflexionar que nace así unos lazos espontáneos e invalorable que establece un vínculo sobre el cual debemos trabajar para afianzar la hermandad y la fraternidad de las relaciones políticas y diplomáticas, con cimiento en un ícono histórico cuya valoración será el compromiso del fortalecimiento de las relaciones visiblemente duraderas que transiten con el incremento de las iniciativas culturales, académicas, científicas, tecnológicas, económicas y otros campos en el exigente ambiente del



que se proyecta con perspectivas de expansión para un crecimiento conjunto en la permanente construcción de capacidades a través de la complementariedad.

No obstante, puntualizo otro acontecimiento histórico digno de destacar que confirma la proximidad de años entre nuestros pueblos y este fue un hecho político; me refiero al reconocimiento por parte de Portugal de la Independencia del Paraguay como una nación libre y soberana. Jerarquización a la que se llega por la declaración expresa de Su Majestad la Reina María II de Portugal en 1846.

Al referirme a este hecho político de la relación Paraguay - Portugal, me sustento en Antonio Ramos que en su obra *La Independencia del Paraguay y el Imperio del Brasil* (1965) expone cuanto sigue: *“Antonio de Menezes Vasconcellos de Drummond, ministro brasileño en Lisboa, así como recibió la circular del 24 de noviembre dio cumplimiento a las órdenes de la Corte de San Cristóbal. Sus gestiones no tuvieron obstáculo alguno, encontraron la más favorable acogida”. Ramos explica que “La Reina designó, el 14 de febrero de 1846, a Leonardo de Souza Leite e Azevedo, encargado de negocios en el Paraguay, como una prueba efectiva del reconocimiento. La comunicación al representante imperial estaba concebida en estos términos”. “Su Majestad la Reina, empeñándose en acceder a los deseos de Su Majestad el Emperador del Brasil, manifestados en la Nota que en fecha del 27 de enero último dirigió al abajo firmado, Ministro Secretario de Estado de Negocios Extranjeros, el Sr. Antonio de Menezes Vasconcellos de Drummond, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su Majestad Imperial de que por el Gobierno de la misma Augusta Señora tuviese que ser reconocida la Independencia de la República del Paraguay, tuvo por bien ordenar para este efecto, por Decreto fechado hoy, que el Comendador Leonardo de Souza Leite e Azevedo, Su Encargado de Negocios junto a las Repúblicas Argentina y del Uruguay, fuese acreditado con la misma categoría, junto al Gobierno de la República del Paraguay, para lo que le mandó munir de la competente credencial”.*

Esta manifestación en la relación política es el resultado de una acción triangulada entre el gobierno del Paraguay, el Brasil y, por medio de su legación diplomática, Portugal. Al respecto, Antonio Ramos indica que la credencial hacía mención de los “inalterables sentimientos de amistad” de los cuales Su Majestad la Reina se hallaba animada con la República del Paraguay. Sus términos cordiales auguraban un futuro promisorio en las relaciones de los países.

En este concordato sin formulismo basado en efemérides no todo fue fácil, vuelvo parafrasear a Antonio Ramos cuando refiere *“Souza Leite e Azevedo no dio cumplimiento a la orden de su gobierno. No tuvo la suficiente entereza de imponerse a Rosas, de cuyas redes no pudo escapar. Su misión en Paraguay se postergó sine die. Solo la cumplió después de la caída del dictador de Buenos Aires por intermedio de la legación del Brasil”.*

Cuán importante era el reconocimiento de la Independencia en aquellos tiempos de presión y tensión en el Río de la Plata. Cuán importante hubiese sido que Souza Leite e Azevedo tenga en aquel entonces el arrojo y la valentía de Alejo García y/o la misma manifestación de amistad y predisposición de Su Majestad La Reina María II. Notamos pues entonces, que las relaciones entre naciones deben ser permanentemente actualizadas y siempre observadas en todos sus aspectos, en el afán del perfeccionamiento para la consolidación y proyección.

Desde 1846 a 1878, tuvieron que trascurrir 32 años para dar paso de esa manifestación política trascendental de reconocimiento de la Independencia al establecimiento de las relaciones propiamente diplomáticas.



Sobre el particular, el 9 de noviembre de 1878, Nuestra Señora de la Asunción, capital de la República del Paraguay, madre de ciudades, fue sede de la suscripción del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre Paraguay y Portugal, instrumento que conjuntamente con el Convenio Consular, entraban en vigor el 7 de noviembre de 1883, formalizaban así las relaciones diplomáticas.

Unas relaciones con marcada proximidad a pesar de las distancias. Por un lado, un país con vocación trasatlántica y, por otro lado, un país sin litoral marítimo que se abre al mundo rompiendo las adversidades. Los puentes de la conexión humana imponen el desafío que consiste en arraigar una asociación, que se esfuerza en quebrar la valla de la distancia en la permanente construcción de la confianza como valor de convivencia para reavivar lazos históricos invalorable, obrando en la reapreciación de aquellos nexos de proximidad para una beneficiosa proyección bilateral.

La mística de quienes creyeron y avanzaron debe ser el eje en un compromiso que reafirme el anhelo que nos proyecta. Para los portugueses del ayer las distancias no eran una adversidad difícil de vencer, para los paraguayos del hoy, no contar con costas marinas tampoco es una limitante que evite hacernos al mundo siendo orgullosamente paraguayos.

Alejo García lleva en sí la Gloria de haber acercado a la mínima distancia posible a dos naciones, García ya no estaba bajo la capitulación que llevó a Solís a descubrir el Río de la Plata, tampoco se encontraba dentro de los límites definidos por la línea astronómica fijada en el Tratado de Tordesillas. Ese naufrago portugués estaba investido de la ecuménica vocación trasatlántica, subrayada por el Señor Presidente Rebelo de Sousa. Alejo García con una conducta intrépida se adentró y descubrió el Paraguay adueñándose de una gloria de la cual siempre debe ser reconocida.

*Y antes que a nuestras playas, de Gaboto,*

*Las huestes arribaran vencedoras,*

*¡Tú descubriste al Paraguay ignoto!*

Extracto del Poema de Juan E. O'leary dedicado a Alejo García